

el próximo puerto. Varios días después de la tragedia, María salió con paso incierto a tomar aire por primera vez en la cubierta. Era una noche tibia y del fondo del mar subía un olor inquietante de algas, de mariscos, de buques sumergidos, que le entró por las narices y le recorrió las venas con el efecto de una sacudida telúrica. Se encontraba mirando el horizonte, con la mente en blanco y la piel erizada desde los talones hasta la nuca, cuando escuchó un silbido insistente y al dar media vuelta descubrió dos pisos más abajo una silueta alumbrada por la luna, haciéndole señas. Bajó las escalerillas en trance, se aproximó al hombre moreno que la llamaba, sumisa se dejó quitar los velos y los ropones de luto y lo acompañó detrás de un rollo de cuerdas. Vapuleada por un impacto similar al del tren, aprendió en menos de tres minutos la diferencia entre un marido anciano, acabado por el temor a Dios, y un insaciable marinero griego ardiendo por la penuria de varias semanas de castidad oceánica. Deslumbrada, la mujer descubrió sus propias posibilidades, se secó el llanto y le pidió más. Pasaron parte de la noche conociéndose y sólo se separaron cuando oyeron la sirena de emergencia, un terrible bramido de naufragio que alteró el silencio de los peces. Pensando que la inconsolable madre se había arrojado al mar, la sirvienta había dado la voz de alarma y toda la tripulación, menos el griego, la buscaba.

María se reunió con su amante detrás de las cuerdas cada noche, hasta que el buque se aproximó a las costas del Caribe y

el perfume dulzón de flores y frutos que arrastraba la brisa acabó de perturbarle los sentidos. Aceptó entonces la proposición de su compañero de abandonar la nave, donde penaba el fantasma del niño muerto y donde había tantos ojos espíandolos, se metió el dinero del viaje en los refajos y se despidió de su pasado de señora respetable. Descolgaron un bote y desaparecieron al amanecer, dejando a bordo a la sirvienta, los perritos, la vaca y el baúl asesino. El hombre remó con sus gruesos brazos de navegante hacia un puerto estupendo, que surgió ante sus ojos a la luz del alba como una aparición de otro mundo, con sus ranchos, sus palmeras y sus pájaros variopintos. Allí se instalaron los dos fugitivos mientras les duró la reserva de dinero.

El marinero resultó pendenciero y bebedor. Hablaba una jerigonza<sup>5</sup> incomprensible para María y para los habitantes de ese lugar, pero conseguía comunicarse con morisquetas y sonrisas. Ella sólo se despabilaba cuando él aparecía para practicar con ella las maromas aprendidas en todos los lupanares<sup>6</sup> desde Singapur hasta Valparaíso, y el resto del tiempo permanecía atontada por una languidez mortal. Bañada por los sudores del clima, la mujer inventó el amor sin compañero, aventurándose sola en territorios alucinantes, con la audacia de quien no conoce los riesgos. El griego carecía de intuición para adivinar que había abierto una compuerta, que él mismo no era sino el instrumento de una revelación, y fue

---

<sup>5</sup> **Jerigonza:** lenguaje mal aprendido y articulado, difícil de entender para los demás.

<sup>6</sup> **Lupantar:** lugar donde se ejerce la prostitución.

incapaz de valorar el regalo ofrecido por esa mujer. Tenía a su lado a una criatura preservada en el limbo de una inocencia invulnerable, decidida a explorar sus propios sentidos con la juguetona disposición de un cachorro, pero él no supo seguirla. Hasta entonces ella no había conocido el desenfado del placer, ni siquiera lo había imaginado, aunque siempre estuvo en su sangre como el germen de una fiebre calcinante. Al descubrirlo supuso que se trataba de la dicha celestial que las monjas del colegio le prometían a las niñas buenas en el Más Allá. Sabía muy poco del mundo y era incapaz de mirar un mapa para ubicarse en el planeta, pero al ver los hibiscus<sup>7</sup> y los loros creyó encontrarse en el paraíso y se dispuso a gozarlo. Allí nadie la conocía, estaba a sus anchas por primera vez, lejos de su casa, de la tutela inexorable de sus padres y hermanos, de las presiones sociales y de los velos de misa, libre al fin para saborear el torrente de emociones que nacía en su piel y penetraba por cada filamento hasta sus cavernas más profundas, donde se volcaba en cataratas, dejándola exhausta y feliz.

La falta de malicia de María, su impermeabilidad al pecado o la humillación, acabaron por aterrorizar al marinero. Las pausas entre cada abrazo se hicieron más largas, las ausencias del hombre más frecuentes, creció el silencio entre los dos. El griego trató de escapar de esa mujer con rostro de niña que lo llamaba sin cesar, húmeda, turgente, abrasada, convencido de que la viuda a quien sedujo en alta mar se había transformado en una perversa araña dispuesta a devorarlo como

a una mosca en el tumulto de la cama. En vano buscó alivio para su virilidad apabullada fetozando con las prostitutas, batiéndose a cuchillo y puñetazos con los chulos y apostando en peleas de gallos el sobrante de sus juergas. Cuando se encontró con los bolsillo vacíos, se aferró a esa excusa para desaparecer del todo. María lo esperó con paciencia durante varias semanas. Por la radio se enteraba a veces de que algún marinero francés, desertor de un barco británico, o un holandés escapado de una nave portuguesa, había sido asesinado a navajazos en los barrios bravos del puerto, pero ella escuchaba la noticia sin alterarse, porque aguardaba a un griego fugado de un transatlántico italiano. Cuando ya no pudo seguir soportando la calentura de los huesos y la ansiedad del alma, salió a pedir consuelo al primer hombre que pasaba. Lo cogió de la mano y le pidió de la forma más gentil y educada, que le hiciera el favor de desnudarse para ella. El desconocido vaciló un poco ante esa joven que en nada se parecía a las profesionales del vecindario, pero cuya proposición era muy clara, a pesar del lenguaje desusado. Calculó que podía distraer diez minutos de su tiempo con ella y la siguió, sin sospechar que se vería sumergido en el torbellino de una pasión sincera. Asombrado y conmovido, se fue a contárselo a todo el mundo, dejándole a María un billete sobre la mesa. Pronto llegaron otros, atraídos por la murmuración de que había una mujer capaz de vender por un rato la ilusión del amor. Todos los clientes se fueron satisfechos. Así se convirtió María en la prostituta más célebre del puerto, cuyo nombre los marineros se

---

<sup>7</sup> Hibiscus o hibisco: plantas tropicales de grandes flores rojas.

llevaron tatuado en los brazos para darlo a conocer en otros mares, hasta que la leyenda le dio la vuelta al planeta.

El tiempo, la pobreza y el esfuerzo de burlar al desencanto destruyeron la frescura de María. La piel se le volvió pardusca, adelgazó hasta los huesos y para mayor comodidad se cortó el pelo como un preso, pero mantuvo sus modales elegantes y el mismo entusiasmo por cada encuentro con un hombre, porque no veía en ellos a sujetos anónimos, sino el reflejo de sí misma en brazos de su amante imaginario. Confrontada con la realidad, no era capaz de percibir la sórdida urgencia del compañero de turno, porque cada vez se entregaba con el mismo irrevocable amor, adelantándose, como una novia atrevida, a los deseos del otro. Con la edad se le desordenó la memoria, hablaba cosas disparatadas y para la época en que se trasladó a la capital y se instaló en la calle República, no se acordaba de que alguna vez fue la musa inspiradora de tantos versos improvisados por navegantes de todas las razas y se quedaba perpleja cuando alguno viajaba desde el puerto hasta la ciudad, sólo para comprobar si aún existía aquella de quien había oído en un lugar de Asia. Al hallarse frente a ese mísero saltamontes, ese montón de huesos patéticos, esa mujercita de nada, y ver la leyenda reducida a escombros, muchos daban media vuelta y se marchaban desconcertados, pero otros se quedaban por lástima. Éstos recibían un premio inesperado. María cerraba su cortina de hule y al punto cambiaba la calidad del aire en la pieza. Más tarde el hombre partía maravillado, llevándose la imagen de una muchacha mitológica y no la de la anciana lastimosa que creyó ver en un principio. A María se le

fue borrando el pasado -su único recuerdo nítido era el terror de trenes y baúles- y si no hubiera sido por la tenacidad de sus compañeras de oficio, nadie habría conocido su historia. Vivió esperando el instante en que se abriera la cortina de su habitación para dar paso al marinero griego, o a cualquier otro fantasma nacido de su fantasía, quien la recogería en el círculo preciso de sus brazos para devolverle el deleite compartido en la cubierta de un buque en alta mar, buscando siempre la antigua ilusión en cada hombre de paso, iluminada por un amor imaginario, engañando a las sombras con abrazos fugaces, con chispazos que se consumían antes de arder, y cuando se aburría de aguardar en vano y sintió que también el alma se le cubría de escamas, decidió que era mejor dejar este mundo. Y con la misma delicadeza y consideración de todos sus actos, recurrió entonces a la jarra de chocolate.

